



ANTONIO GALA

JUAN MARTIN, "EL EMPECINADO"

Uno de los hombres que más se habían distinguido por su actividad guerrillera en la lucha contra la ocupación francesa, acaba siendo condenado a muerte por el régimen absolutista de Fernando VII. Esta es la historia de Juan Martín, "El Empecinado", recreada por Antonio Gala para su serie televisiva "Paisaje con figuras" y que TIEMPO DE HISTORIA ofrece íntegra en su número 26.

LEALO EN EL NUMERO DE ENERO
DE

TIEMPO de HISTORIA

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: "TIEMPO DE HISTORIA", CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TELEF. 447 27 00 MADRID 15

NOMBRE Y APELLIDOS

CALLE O PLAZA

Nº

TELEFONO

CIUDAD

PROVINCIA

PAIS

SUSCRIBIRME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)

A partir del próximo número del mes de

Firma,

Adjunto TALÓN BANCARIO nominativo a favor de "Tiempo de Historia"

Enviar DADO POSTAL

Formas de pago



SUSCRIPCIÓN ANUAL (12 números): España: 600 pesetas. Extranjero: 850 pesetas.

Cuando el suscriptor solicita expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobrecargas postales vigentes.

Joan Fuster,

contado. Tal como fatalmente tenían que plantearse las cosas, la opción para los valencianos catalanoparlantes no puede ser otra. La alternativa es el castellanismo oficializado, "botifler", regionalista y memo, con alguna que otra condescendencia "al vernáculo". "Tertium non datur". Y es una tontería que me preguntes si es "cultura valenciana" la que fue redactada en castellano. Lo es, sin duda, con Guillem de Castro, Gil Polo, Azorín, Miró. En latín disponemos de un repertorio colosal, con Luis Vives a la cabeza. Y en italiano también. Los jesuitas expulsos, en tiempo de Carlos III, abandonaron grácilmente el castellano del Reino y de la Orden para incorporarse en las pe-

casa de comidas próxima a la calle de San José, donde a don Juan y sus invitados nos sirven un variado y constante menú. Este valenciano goza de un especial sino típico en un país desinformado: ser objeto de espléndidas polémicas y no tener posibilidad de responder, o escribir sin responder, en el terreno en el que sus contendientes atacan. Fuster se dirige a los valencianos desde "TeleXprés" y "La Vanguardia", de Barcelona, o "Informaciones", de Madrid. En "ABC" no escribe porque le ofrecieron mil pesetas por artículo, a lo que respondió: "Soy lo suficientemente pobre como para no poder escribir en su periódico, señor Luca de Tena". Tras unos breves años de ejercicio en la abogacía, el escritor se profesionaliza y decide tomar como instrumento de trabajo y



"La autonomía será de izquierdas o no será. O será un simulacro de autonomía".

queñas cortes de la península vecina. El provenzal también cuenta, con plumas tan ilustres como la del Rey Pedro el Grande, parido en Valencia, o Jordi de Sant Jordi. Este oolligotismo cultural, ¿cómo podría ser negado? Pero los valencianos hablamos en valenciano, es decir, en catalán, y en catalán, y sólo en catalán, podremos perdurar como valencianos. En el pasado podemos exhibir las cimas de Ausias Marc, del Martorell del "Tirant lo Blanc", de Jaume Roig, de Rois de Corella, y de los "ampurdaneses" valencianizados como Elximenis y Montaner. Y hoy ahí tienes a Vicent Andrés Estellés, un poeta fuera de serie, y no es único. Pero entre el Azorín tráfuga y el Estellés arraigado, la duda sería imbécil. Y, como escritor, Estellés es notoriamente más serio, importante y vívaz que Azorín.

La conversación finaliza en una

fuente de duros la máquina de escribir. El espectro de su obra no es medible. Los primeros libros de poemas, de los años cincuenta, dan paso al ensayo que se centra en la investigación y divulgación de la cultura catalana, historia, reflexiones filosóficas y vitales, evocaciones artísticas y algún que otro libro turístico y viajero. Lo más ambicioso consiste en la edición de su "Obra Completa", iniciada en 1968 y que en la actualidad va por el tomo tercero. También ha traducido al catalán a Albert Camus, Ignacio Silone y Johann Falkberget. El prolífico y racionalista escritor de Sueca no ha presentado acta de defunción con motivo de su homenaje. Más bien ha sido una promesa de persistir en su labor de incordia al servicio del pueblo valenciano y conciencia histórica contra aquellos que persiguen ocultarla.

■ J. M. Fotos: FORTEZA.



Juan Muñiz Zapico, entre Marcelino Camacho y Nicolás Sartorius, todos ellos implicados en el proceso 1.001, tras su puesta en libertad por aplicación del indulto.

Juanín: la muerte de un líder obrero

CUANDO conocí a Juan Marcos Muñiz Zapico corría el año 1968; año duro de clandestinidad y persecución sistemática para el movimiento obrero y para Comisiones. Fue, si no me falla la memoria, en una clínica privada de un amigo médico, a la que todos los miembros de la dirección de CC. OO. acudíamos bajo el pretexto, en caso de peligro, de ponernos una inyección, ya que a pesar de ser domingo se facilitaba ese servicio sanitario. Antes nos habíamos visto en la primera reunión estatal de CC. OO. a principios de 1967, pero hasta años después no recordamos ninguno de los dos aquel encuentro.

Juanín, como ya entonces le llamaba todo el mundo, quizá debido al aire juvenil que siempre ha tenido, acudía desde Asturias a las reuniones mensuales de la dirección; para ello cogía un tren al caer el día, después de finalizada la jornada de trabajo, cuando no había sido despedido, en los talleres Aguinaco de Gijón, viajaba sentado toda la noche y retornaba a su casa con siete horas de reunión a cuestas para pasar otra noche en el vagón y poder llegar a tiempo el lunes a la

empresa. Para muchos de nosotros era el hombre de Asturias, el que traía la información y la experiencia de ese gran movimiento obrero. En ciertas fases de refluxo o en momentos especialmente difíciles, los delegados de las diferentes regiones realmente no tenían mucho que contar y, no obstante, se alargaban a veces en las intervenciones; por el contrario, el amigo Juanín hablaba poco, pero siempre

se trataba de luchas importantes de los mineros o metalúrgicos asturianos. Recuerdo, por ejemplo, el análisis que hizo en una ocasión de las acciones de febrero y octubre de 1967, que marcaron una etapa en el desarrollo del movimiento obrero en su región. Se trataba de análisis peculiares que ni se quedaban en lo anecdótico ni caían en la abstracción; eran sencillamente la exposición concreta, significativa, con las conclusiones esenciales. Por entonces no era un hombre conocido a nivel nacional —sonaban otros nombres, incluso en la propia Asturias—, pero de aquel encuentro

sacamos la impresión de que estábamos ante un auténtico líder, capaz no sólo de luchar prácticamente, sino de teorizar las experiencias que vivía colectivamente. Después no encontraríamos algunas veces, fugazmente, siempre entre dos cárceles; cuando él entraba y yo salía, y viceversa. No es extraño; una persona tan joven como él habla pasado seis años en diversas prisiones: Oviedo, Segovia, Jaén, Ca-

Nicolás Sartorius

rabanchel. Luego hemos recordado, en broma, esta casualidad. Cuando me desplazaba a Mieres o Gijón y preguntaba por Zapico la contestación era siempre la misma: "Está preso o...".

El "1001"

El 24 de junio de 1972, día de San Juan, fuimos detenidos en un convento de oblatos en Pozuelo de Alarcón junto con Acosta, Camacho, Costilla, García Salve, Santisteban, Saborido, Soto y Zamora Antón. Se iniciaba así el famoso proceso 1001, que tanta resonancia

alcanzaría y que, quizá marcó para siempre a Juan Muñiz Zapico, lo mismo que a todos los componentes del expediente. En aquel "jeep" de la Policía Armada en el que nos metieron a la salida del convento, Juanín permanecía tranquilo, y sólo de vez en cuando hacía un gesto muy personal de rabia por la fatalidad de haber caído de nuevo en manos de la Policía. He aquí una prueba de su optimismo histórico y casi fisiológico; escribía a su familia por entonces: "Nos pondrán una multa y nos echarán a la calle". Le cayeron dieciocho años de condena, pero siempre estuvo convencido de que no los cumpliría. El tiempo dio la razón a su optimismo. Ante la Policía, en el interrogatorio, se negó como siempre a facilitar ningún dato que pudiera comprometer a otros o a él mismo, y al final hasta se negó a firmar cualquier declaración. Con razón declaró la madre a un periodista que "nunca se asustó de nada" y que "miedo a la cárcel nunca tuvo". No era hombre de pensar en redenciones ni en esos cálculos minuciosos que muchos presos hacen para salir antes en libertad. Había participado en cuatro

Juanín:

huelgas de hambre a pesar de gustarle la buena mesa y tener que echarse a menudo la mano a la boca con un puñado de bicarbonato para calmar los dolores de su estómago ulcerado. En este sentido, y como producto de su combatividad innata, quizá fuera uno de los presos políticos que en menos tiempos acumuló más sanciones. Le parecía inconcebible quedar al margen de cualquier acto de protesta si lo creía justo y oportuno. Si en alguna ocasión se decidía colectivamente que alguno tenía que quedar fuera de la acción para garantizar las "comunicaciones", se las arreglaba de mil maneras para no ser él. A veces esta característica suya le creaba problemas, pues ciertas acciones que proponía se recogían con cierta reserva; él sabía que esto era así y en una ocasión me "utilizó" para que propusiera una huelga de hambre que era necesaria para que pasara mejor, como así fue.

El sentido de la unidad

El 20 de diciembre de 1973 se celebró la vista pública del proceso 1001. Son conocidas las cir-



Fernández Inguanzo, López Selinas, Víctor Díez Cardiel y Marcelino Camacho, acompañan, entre familiares y militantes obreros, los restos mortales de "Juanín" en su pueblo de Asturias.

cunstancias trágicas que rodearon dicho juicio con la muerte de Carrero por medio, y la enorme tensión que aquel atentado provocó en todo el país... Juan Muñiz Zapico había preparado minuciosamente su intervención ante el Tribunal

de Orden Público con su abogado defensor, Manolo López; conocía como nadie la importancia que ese acto tiene en la vida de un militante revolucionario. Las sesiones discurrían en un clima de tensión agobiante y no era fácil expresarse an-

te los reiterados campanillazos de la presidencia. Cuando oyó su nombre se puso en pie, con su figura sólida de metalúrgico que ha trabajado duro desde la infancia, las manos enlazadas a la espalda. Con voz tranquila, más bien baja, en la que se notaba el acento asturiano. "Pertenezco a las CC. OO. pero no a las comisiones que entiende el ministerio fiscal, como filiales del PCE, sino tal como las entendemos los trabajadores"; le habla contestado al fiscal del TOP; luego iría contestando con precisión al largo y hábil interrogatorio de su abogado defensor: "Queremos un Estado que tenga en cuenta nuestros intereses; un Estado en el que estemos representados los trabajadores; estamos en contra del orden económico monopolista...; queremos un orden que reconozca el derecho de reunión, asociación, expresión y huelga...". "Los objetivos de CC. OO. son la mejora de las condiciones de vida de los obreros, conseguir un sindicato libre, unido y de clase, unir a los trabajadores católicos, socialistas, comunistas y sin partido, a todos sin exclusión". Cuando terminaron aquellas tres agotadoras jornadas, procesados, abogados y público asistente fueron unánimes: la intervención más brillante y con más contenido fue la del asturiano Muñiz Zapico. Sus palabras de unidad durante el juicio, al igual que sus conferencias y



Muñiz Zapico, con su familia, en su pueblo natal de La Frecha, recién salido de la cárcel, y junto al dirigente comunista asturiano, Horacio Fernández Inguanzo, en la prisión central de Segovia en febrero de 1970.





Al entierro de Muñiz Zapico, en La Frecha, acudieron miles de trabajadores asturianos y de otros lugares.

artículos posteriores no eran gratuitas. Poseía como pocos el "sentido de la unidad", tan importante en la tarea política o sindical. Era por ello eficaz en las relaciones con otras fuerzas y acudía invariablemente a las reuniones de este tipo; por ejemplo, entre otras, al primer encuentro con los compañeros de la UGT, con la que se iniciaron los contactos para la creación de la COS. En las relaciones carcelarias, su humanidad le granjeaba la simpatía incluso de aquellos que más criticaban sus ideas y planteamientos; cuando las relaciones con algún grupo llegaban a agriarse de tal forma que incluso se complicaban los contactos personales, era de los muy pocos que seguía manteniendo amigos en todas partes, aunque sólo fuera para intercambiar novelas o revistas, jugar al fútbol o al dominó. Entre sus compañeros de Asturias era, igualmente, el hombre de la unidad, el que siempre intentaba, por todos los medios, llegar a acuerdos con los demás. Uno de los últimos artículos que escribió en su vida, publicado en el número de noviembre de "GDS" lleva un título significativo: "Un logro en el camino de la unidad sindical"; es una reflexión sobre el valor de la unidad para el éxito de la jornada del 12 de noviembre en Asturias y un llamamiento energético para que se cree la COS en dicha región.

En las biografías "oficiales" de

Juan Muñiz Zapico se cita que nació en La Frecha, una pequeña aldea de Asturias, cerca de Campomanes y no lejos de Mieres, un día de 1941, hijo de minero, y que comenzó a trabajar a los quince años: "Salía de casa acompañado de mi padre; él iba a la mina y yo al metal en Mieres, a las cinco de la mañana". Había acudido a la escuela y durante un tiempo combinó el trabajo y el estudio -Maestría Industrial-, que tuvo que abandonar. Su esposa declaró a "Asturias Semanal": "El vale para los estudios; en un año hizo los dos primeros cursos de Maestría...". En Carabanchel, Juanín estudiaba intensamente. Ingresó en la Universidad a Distancia y con una facilidad pasmosa aprobó en una convocatoria el equivalente a dos años de Ciencias Económicas, donde estaba matriculado. No pasaba por Carabanchel estudiante de Ciencias Exactas o ingeniero al que Muñiz no acudiera para que le facilitara algunas explicaciones sobre Matemáticas. Estos "profesores" solían estar un par de meses -generalmente por impago de multas-, por lo que tuvo que cambiar de maestros una docena de veces y pasar largos periodos sin tener a quien acudir. Pero Juanín no sólo estudiaba libros de economía; infatigable lector de novelas, se le veía no pocas tardes recorrer las celdas de los intelectuales, observando distraídamente las estanterías con el

fin de encontrar alguna que no hubiera leído o acudiendo al despacho de la censura de libros con el encargado de traerlos a la galería y así saber antes que nadie qué nuevo producto literario había llegado y cuál era el destinatario. Como es normal, esta continua lectura de buena literatura le había dado una notable facilidad para escribir y tenía fama entre los compañeros de prisión de ser "un pluma"; en este sentido, puedo testificar que una buena parte de los escritos -en Carabanchel se perfeñaban muchísimos- están redactados por este metalúrgico que no había podido estudiar ni el Bachillerato. Por el mismo motivo, cuando se planteó que dos compañeros de CC. OO. se encargaran de dar charlas sobre sindicalismo a los que iban entrando de la calle, la opinión fue unánime a la hora de designar a Juanín. Conocía de primera mano los textos más importantes de la teoría sindical moderna y dominaba como pocos la temática de los "Consejos"; él fue, por ejemplo, el que en un encuentro fugaz que tuvimos en las cocinas de la prisión, cuando todavía estábamos separados los del "1001" en galerías diferentes, me recomendó algunos libros de Karl Korsch sobre estos temas, aunque no estuviera de acuerdo con el autor. No es, pues, extraño que fuese sin duda uno de los hombres que más a fondo había calado en el significado de las CC.

OO. en el sentido y la importancia que tiene la necesidad de un sindicalismo de nuevo tipo. Esta capacidad suya para la abstracción teórica que surge de una práctica social real era reconocida por todos. Así, cuando tuvimos que escoger a un compañero que interviniera con una ponencia en el primer encuentro que las organizaciones sindicales tenían con la patronal en el marco del Euroforum, en nombre de CC. OO. se propuso a Muñiz Zapico. Meses más tarde, en la Asamblea de Barcelona juega un papel destacado, pues se le encargó defender la ponencia sobre organización. No es, pues, una casualidad que el secretario general de la CS de CC. OO. hubiera decidido días antes de su muerte designarle responsable para las tareas de formación y llevar la dirección de la escuela central de cuadros o que la dirección del PC en Asturias hubiera acordado presentarle a las próximas elecciones como diputado por Asturias. Su entierro fue una impresionante manifestación de dolor por la pérdida de este trabajador asturiano, joven, "una de nuestras mayores promesas", como decía uno de los telegramas de condolencia.

Sobre sus cualidades humanas, la forma peculiar y contagiosa que tenía de reírse u otros detalles sobre su generosidad y bondad, es imposible escribir para una persona que fue gran amigo suyo. ■ N. S.